

LAS **CRÓNICAS** DEL
VIAJANTE

EL CORAZÓN DEL DIABLO



CARLOS VILA SEXTO

A cien kilómetros del Pazo Quiroga, frente a las costas de Cabo Lázaro, los ejércitos de España y Francia intentan acabar con el pirata conocido como Diablo, un despiadado asesino rodeado por un halo de misterio que nadie ha podido desentrañar.

Solo Miguel sabe quién se oculta bajo la máscara del corsario. Por eso intentará aprovechar esa ventaja para llegar hasta él y asesinarlo, cambiando así el curso de la Historia e impidiendo sus futuros crímenes. Pero la llegada de un barco que se dirige a Roma lo cambia todo. Porque a bordo viaja un hombre que necesita encontrar algo en ese pueblo antes de continuar su viaje. Y porque la bodega de ese barco oculta la respuesta a un misterio que no empezará hasta dos siglos después.

Todo viaje tiene un destino.

Toda aventura tiene un final.

A Víctor.
Porque en su corazón cabemos todos.



|

El mar.

Eso fue lo primero que sintió, antes incluso de abrir los ojos.

El olor del salitre llegaba hasta él con tanta intensidad que pensaba que aún se encontraba atrapado en el sueño que todavía se aferraba a él como un eco rebotando entre las montañas. En él, Miguel miraba hacia el horizonte mientras se intentaba acomodar entre los troncos que formaban la balsa en la que se encontraba. El sol se ocultaba entre las nubes, que en realidad eran columnas de humo que no sabía de dónde podían salir y que se terminaban entrelazando en el cielo. Algo se quemaba no lejos de allí, aunque todo lo que podía divisar a su alrededor era agua. Al cabo de un rato tuvo la sensación de que las maderas de la balsa se reblandecían. Sin saber por qué, decidió no bajar la vista, como si supiera qué era lo que se iba a encontrar. Confirmó sus sospechas cuando sus manos palparon algo bajo él: otra mano, fría, inmóvil.

No se atrevió a bajar la mirada, tampoco necesitaba hacerlo.

Estaba flotando en una balsa construida con cadáveres.

Por alguna razón, aquel hecho no le ponía nervioso, sino que le parecía lo más natural del mundo. Varios cuerpos, atados entre ellos, lo llevaban a la deriva en mitad del océano, pero él no parecía inquietarse. Por eso no se despertó sobresaltado, sino que se despertó en la cama como cualquier otra mañana.

El graznido de las gaviotas que volaban en círculos sobre el puerto de A Coruña llegaba hasta él con tanta claridad que pensó que se había dejado la ventana de su habitación abierta, lo que casi con total seguridad habría provocado que no menos de diez mosquitos se hubieran colado en su casa y se hubieran dado un festín con su sangre. Eso y una mala postura durante la noche explicarían el dolor que se extendía por todo su cuerpo cada vez que intentaba darse la vuelta.

El colchón estaba duro como una roca. ¿Se habría caído al suelo en mitad de la noche y estaba durmiendo sobre la tarima? ¿Había vuelto a quedarse dormido en la bañera, como alguna que otra noche de resaca?

Intentó abrir los ojos para salir de dudas; sin embargo, sus párpados pesaban demasiado como para separarlos.

A sus oídos llegaron voces, apagadas en un principio y más nítidas en cuanto intentó concentrar su atención en ellas. ¿Llegaban de la calle? ¿Una pelea? El casco viejo de A Coruña era una zona tranquila, aunque según a qué hora se podía prestar a altercados. Pero no, no eran voces agresivas. Parecían más bien lamentos. ¿Un accidente? Tal vez una furgoneta de reparto hubiera atropellado a algún peatón y ahora una multitud se agolpaba junto al cuerpo, llorando por la fatalidad. No sería la primera vez que un imbécil al volante con prisas confundía la acera con la calzada.

Desde luego, algo había pasado. Porque cuando el viento cambió y se llevó el olor del mar, un hedor a sangre y suciedad lo sustituyó. Miguel arrugó la nariz y se obligó a abrir los ojos. La luz del sol se le clavó como un cuchillo

y tuvo que llevarse una mano a la frente para acostumbrarse a la claridad. ¿Qué había pasado con sus cortinas?

Intentó incorporarse, todavía a ciegas, y una oleada de dolor le recorrió el cuerpo de abajo arriba, obligándole a dejarse caer de nuevo sobre el colchón.

—Será mejor que no se mueva aún.

La voz de la chica le sorprendió y volvió la cabeza hacia el lugar del que procedía, con tanta rapidez que hizo crujir sus vértebras.

—¿Quién eres? ¿Cómo... cómo has entrado a mi piso?

—¿Su piso?

Consiguió separar los párpados lo suficiente para adivinar una silueta sentada frente a él y recortada contra la luz del sol que se filtraba por la ventana. Al margen de tener a una chica desconocida en su apartamento, algo que por otro lado tampoco era del todo inusual, había algo en aquella imagen que se empezaba a perfilar ante sus débiles ojos que le resultaba desconcertante. La falta de cortinas en su ventana era solo la punta del iceberg. Pronto se dio cuenta de que su mesilla de noche había desaparecido, al igual que su armario y los cuadros de las paredes.

Notó la garganta como un papel de lija y los labios agrietados. Intentó humedecérselos con la lengua y la mujer se apresuró a alcanzarle un vaso de agua. Consciente de que todavía no podía ver con claridad, tomó su mano entre las suyas para guiarla hacia el vaso de barro que le tendía. Al bajar la vista hacia él, Miguel adivinó unas manos delgadas pero firmes, y en su dedo anular un ostentoso anillo de oro con lo que le pareció una aguamarina engarzada.

—¿Dónde está... dónde está todo? ¿Qué ha pasado?

—Ha burlado a la muerte. Eso ha pasado.

—¿Cómo que «la muerte»? ¿Tanto bebí anoche? Fuimos al karaoke que está al final de mi calle, ¿verdad? Allí siempre me ponen garrafón.

—¿Qué es kara... karaoke?

Antes siquiera de que Miguel se extrañara por la pregunta, la palabra giró en su mente como una llave en una cerradura oxidada, y una serie de imágenes atravesaron su memoria como si esta fuera una puerta abierta a toda prisa para evitar ser derribada.

El vacío. Una caída. No. No una caída. Un salto.

Y antes, fuego. Una explosión. Sangre.

«Dos galeones hunde el corsario».

Una niña sumergida en el agua. Una niña en un retrato, escondida.

«Bienvenidos al Pazo Quiroga».

Una niña a bordo de un tren. ¿La misma tal vez? No. Una pelirroja. Ojos de color miel.

Una puerta. El número diecinueve.

«Ese niño soy yo».

Las imágenes se precipitaban en su mente como una cascada.

Alguien le sujetó por los hombros y lo zarandeó con suavidad.

—¿Qué le ha pasado? —Era una voz de hombre.

—No lo sé..., se estaba despertando. —Ahora era de nuevo la mujer quien intervenía—. Ha empezado a hablar y de pronto se ha quedado inmóvil.

Miguel abrió los ojos del todo por fin.

Un joven con barba y aspecto cansado le observaba con aire preocupado, sujetándole la cabeza entre las manos con delicadeza. Unas diminutas gafas de montura metálica disimulaban sus ojos pequeños y hundidos. Tenía el rostro manchado de hollín y sangre seca, que ni siquiera el sudor que se deslizaba desde su frente conseguía limpiar.

—No le pasa nada. Lleva dos días inconsciente, nada más. Tardará un poco en situarse.

Se levantó y se dirigió hacia el fondo de la habitación, donde había otros tres colchones tirados en el suelo en los que descansaban tres personas en las que Miguel no había reparado hasta ese mismo instante. A juzgar por sus

siluetas, se trataba de dos hombres y una mujer, inmóviles, con la ropa hecha jirones y el rostro y los brazos cubiertos de sangre y polvo. El joven se inclinó sobre ellos.

—Los dos hombres llevan muertos desde anoche. Ella se ha ido al amanecer.

El joven exhaló un suspiro que a Miguel le pareció más de cansancio por el esfuerzo sin recompensa que de abatimiento.

—Hay que subirlos al carronato y quemarlos con los demás —hablaba con decisión y sin ningún sentimiento, como si en lugar de incinerar cadáveres estuviera hablando de tirar un tabique para ganar espacio en el salón. Se volvió hacia Miguel—. Y si él está bien, tendrá que irse. Los heridos no dejan de entrar.

Los heridos.

A la mente de Miguel llegó la imagen vaga de gente corriendo, de balas de cañón silbando sobre su cabeza y destrozando casas enteras, de varios galeones frente a la costa abriendo fuego y de un proyectil dirigiéndose hacia él.

Después, un empujón, el sonido de una explosión y un golpe contra el suelo.

—Tú no deberías estar aquí —le dijo el hombre a la chica, bajando un poco la voz.

Ella se había apoyado contra la repisa de una ventana, dando la espalda a Miguel, que aún no había tenido ocasión de ver su rostro con claridad. Sí pudo apreciar que llevaba un vestido azul claro ceñido en el pecho, pero que caía un poco abombado por encima de la cintura. Miguel tuvo la estúpida sensación de ser espectador de una obra de teatro clásico.

—Si alguien me reconoce, nadie sospechará nada. Pensarán que me hirieron en el ataque.

—La epidemia se está ensañando con los heridos. Si te quedas más tiempo aquí, podrías enfermarte.

—No es un mal plan de futuro.

–No digas eso. Ahora tienes que encontrar la manera de volver a casa.

La joven se pasó una mano por la cara, apartándose un mechón de pelo rubio que le debía de caer sobre los ojos. Si tan solo se pudiera volver un poco para que Miguel viera su rostro...

–Los pocos caballos que han sobrevivido están siendo despiezados y salados en la plaza, igual que el mío. ¿Cómo quieres que vuelva a casa?

–Venancio tiene dos en su establo. Los usa para cargar las provisiones. Por una buena suma no lamentará quedarse sin uno.

La joven guardó silencio unos instantes, como si estuviera valorando las palabras del chico.

–Bajaré a hablar con él –dijo ella.

El joven la tomó con gentileza del brazo antes de que ella saliera.

–Solo faltan tres días. Esta pesadilla habrá terminado, y tú y yo...

Ella permaneció inmóvil, aunque parecía contener las ganas de acercarse más a él. Después, se quitó el colgante que llevaba alrededor del cuello y se lo entregó, envolviendo sus manos en las suyas. Cuando se separaron, Miguel tuvo la impresión de que sus dedos hacían lo posible por quedarse entrelazados un segundo más. El chico se disponía a seguirla cuando Miguel lo detuvo con una pregunta.

–¿En qué año estamos?

Mientras luchaba por ponerse en pie, Miguel adivinó el gesto de confusión en el joven, que se volvió hacia él como si se hubiese olvidado de su presencia allí.

–¿Qué clase de pregunta es esa?

–Una muy sencilla.

Sus piernas flaquearon y notó el peso de su cabeza desequilibrándose de la manera más insospechada, pero sus reflejos le permitieron apoyarse en una mesa antes de

caer al suelo. Se puso en pie ignorando las mil agujas que parecían clavarse en todos sus músculos y permaneció en silencio, esperando la respuesta.

—Es el año en el que ha vuelto a nacer gracias a esa joven —sentenció él, señalando hacia la puerta—. Le empujó medio segundo antes de que una bala de cañón le arrancara la cabeza.

—Sigue sin responder a mi pregunta.

El joven se cuadró, sorprendido tal vez por el descaro con el que Miguel se dirigía a él.

—Es la fecha en la que se desatan los infiernos, señor. Es tres de octubre de mil setecientos noventa y ocho.

Y salió de la habitación detrás de la chica. Miguel notó su corazón bombeando sangre a una velocidad anormal. Le faltó el aire, y en cuanto su vista se centró en los tres cadáveres que le acompañaban, se apresuró hacia la ventana.

Estaba en la segunda planta de un edificio construido a escasos diez metros de un mar en calma. El cielo aparecía despejado, aunque un fino manto de humo debilitaba los rayos del sol. Algo ardía no lejos de allí. Cuando logró empujar el cristal, le abofeteó un hedor insoportable, como a pelo quemado, que le provocó una arcada que consiguió reprimir. A sus pies, enfrente de donde se encontraba, había un carromato sin caballo lleno de bultos de tela. Un hombre gigantesco, de casi dos metros de altura, cabeza afeitada y cuya barba se confundía con los rizos que asomaban por su camisa abierta, sacaba otro bulto del interior y lo arrojaba sin ningún esfuerzo a lo alto de la montaña que se iba formando en el carromato. Al hacerlo, algo se deslizó fuera de las telas que envolvían la carga.

Un brazo.

No eran simples bultos de tela. Eran cadáveres.

No supo cuánto tiempo permaneció mirando los cuerpos amontonados, rememorando los detalles que volvían a su mente sobre su aparición en aquella época.

Vio de nuevo a Katia corriendo hacia él, intentando evitar que saltara por la ventana. Vio su propio reflejo en el Espejo de Lágrimas, que había arrojado poco antes al jardín y que atravesó en el mismo instante en el que el Pazo Quiroga explotaba envuelto en una nube de humo y fuego. ¿Habría sido suficiente para matar a la chica? ¿Habría quedado destruido el espejo con la explosión?

Solo había un modo de comprobarlo.

Cerró los ojos y dejó su mente en blanco. Suspendida en el vacío apareció una silueta rectangular, un enorme marco de madera con relieves grotescos que protegían un cristal en el que Miguel se vio reflejado. Su reflejo se acercaba a él, mientras extendía su brazo al frente. Sus dedos tocaron la superficie del cristal y se perdieron en él. Su mano le siguió y pronto el resto de su brazo se sumergió en aquel lago vertical. En su mente, él cerró los ojos y contuvo la respiración, mientras repetía para sí la instrucción que Enrique de Porto le transmitiría a la pequeña Alba en la estación de tren de Oviedo, ciento ochenta y seis años después:

«Miguel Sardes... Miguel... Sardes...».

Abrió los ojos.

El olor a pelo chamuscado seguía entrando por la ventana, al igual que los lamentos de algunas personas que rodeaban el carromato cargado de cadáveres, llorando con toda seguridad la pérdida de un ser querido.

No había funcionado.

Y eso solo podía significar una cosa: el espejo había quedado destruido...

... y él estaba atrapado en el siglo XVIII.



||

La puerta se abrió de golpe y rebotó contra la pared, sobresaltándolo.

El gigante al que había visto transportando cadáveres un minuto antes se encontraba frente a él. Su cuerpo ocupaba todo el ancho de la puerta y su cabeza rozaba el techo. Su camisa estaba manchada de sangre, al igual que las partes de su cuerpo que quedaban a la vista, como el pecho y sus antebrazos. Observaba a Miguel con el ceño fruncido, como un carnicero preguntándose de qué manera empezar a despiezar la siguiente res.

—¡Estupendo! —Su voz atronó al mismo tiempo que sus labios dibujaban una sonrisa—. ¡Un cadáver menos que bajar por las escaleras!

Se agachó y levantó entre sus manos uno de los cuerpos inertes que descansaban a sus pies. Lo cargó al hombro con la misma ligereza con la que uno cargaría una almohada. Después, ya con el peso encima, repitió la maniobra con el otro cadáver, que hizo descansar sobre su otro hombro, aunque esta vez ya se resintió al ponerse de nuevo en pie.

—Mis rodillas ya no son lo que eran... Lleva tú ese de ahí, ¿quieres?

Señaló con la cabeza el tercer cadáver que faltaba, el de la mujer, y con un grácil e inesperado movimiento fue capaz de atravesar la estrecha puerta sin que ni su gigantesco cuerpo ni los dos que llevaba sobre sus hombros rozaran siquiera el marco. Empezó a bajar por las escaleras mientras Miguel pasaba su mirada del cadáver a él, una y otra vez, asimilando lo que había querido decir. Consciente de que el gigante no iba a volver para repetir su petición, se agachó junto al cuerpo de la mujer. Sintió un leve mareo, que achacó a su precario estado de salud, hasta que levantó la vista y vio a la mujer a un par de metros frente a él.

Estaba inmóvil y observaba su propio cadáver con inexpresividad, como si estuviera mirando un mueble. Después, sus ojos parecieron captar a Miguel y se clavaron en él. Este tragó saliva.

—Lo... lo siento... —Se sintió estúpido nada más pronunciar su disculpa.

El fantasma de la mujer no le respondió ni varió su gesto. Él deslizó los brazos por debajo del cadáver y lo levantó con dificultad. Salió con él de la habitación como si fueran una versión macabra de una pareja de recién casados cruzando el umbral de su nueva casa. Se volvió un instante, antes de bajar por las escaleras, y comprobó que la mujer aún seguía allí, inmóvil, con una sombra de tristeza ante la visión de su propio cuerpo alejándose para siempre de ella.

Los escalones temblaron bajo sus pies, y durante el descenso temió que sus piernas, adormecidas tras dos días de inactividad, no soportasen el esfuerzo. Cuando llegó al último, pensó que su mente tampoco iba a ser capaz.

Las escaleras morían a la entrada de un patio interior reconvertido en hospital de campaña. Una alfombra de cuerpos agonizantes cubría el empedrado, de una extensión algo inferior a la de una cancha de baloncesto. Varias

personas atendían a los enfermos, cuyos gemidos de dolor se fundían en un único lamento desafinado y desacompañado. Más de cien heridos debían de concentrarse en aquel espacio, muchos de ellos con miembros amputados o con aparatosos y rudimentarios vendajes, que cubrían llagas a todas luces infectadas, a juzgar por el olor y los gritos de angustia.

Miguel reconoció al joven de barba que le había atendido minutos antes, caminando sin descanso entre las víctimas, examinando sus heridas y tomándoles el pulso. En ocasiones, después de hacer esto último, sacaba un pequeño carbón de su bolsillo y pintaba una cruz en su frente, para continuar con la ronda. Más personas se abrían camino como podían entre los cuerpos, algunos improvisando apósitos o emplastos, y otros tan solo haciendo compañía a sus seres queridos. Algunos otros, en cambio, permanecían de pie junto a los cuerpos, observándolos con frialdad, impasibles. Miguel pasó junto a uno de ellos, un hombre espigado de mediana edad, con gesto de tristeza infinita. Cuando bajó la vista hacia el hombre al que parecía acompañar, descubrió que tenía su mismo rostro. Al levantarla de nuevo, el fantasma miraba fijamente a Miguel, sorprendido tal vez de que fuera capaz de verlo.

Como si los demás espíritus que velaban sus propios cuerpos hubieran hecho el mismo descubrimiento a la vez, todos se volvieron hacia él al mismo tiempo. Miguel sintió sus piernas flaquear y sus brazos de pronto parecieron incapaces de sostener por más tiempo el cadáver que transportaba. Habría caído con él sobre los heridos si el gigante no hubiera aparecido de pronto, con un gesto de desconcierto.

—¿Piensas quedártelo de recuerdo?! —bramó.

El cuerpo de Miguel se sacudió sobresaltado. Antes de que pudiera responder, el hombre le arrebató el cadáver de los brazos y se lo echó al hombro antes de enfilear la salida.

Miguel se apresuró a caminar a su lado, algo complicado debido a las enormes zancadas con las que el hombre se comía el terreno. Cruzaron una puerta que conectaba el patio con un local lleno igualmente de heridos y donde mesas y sillas estaban apiladas contra las ventanas. Aquel sitio debía de haber sido una posada antes del ataque.

—¿Quiénes disparaban? —preguntó Miguel, procurando no pisar a moribundos ni cadáveres.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace dos días. Los cañonazos. Los barcos.

—Ese malnacido y sus amigos franceses, ¿quién si no?

—¿Estamos... estamos en guerra?

El gigante se detuvo en seco y giró en redondo con el cadáver aún a hombros, por lo que casi dio a Miguel con los pies de la mujer en la cabeza.

—¿Guerra? ¿Quién ha dicho guerra?

—¿Entonces por qué disparaban?

—Lo he dicho antes: porque es un malnacido. Lleva años queriendo darnos a todos una lección, pero nunca había tenido agallas.

El hombre se volvió, por lo que Miguel tuvo que esquivar de nuevo el cadáver de la mujer para que la cabeza de esta no le golpeará. El gigante siguió hablando mientras se dirigía a la salida.

—Por lo menos, no hasta que Bonaparte le ha venido a aplaudir.

—¿Qué? ¿Bonaparte? Napoleón no... no da el golpe de Estado hasta noviembre de 1799. Aún falta un año.

—¿De qué demonios hablas? ¿Napoleón? ¡Ese está en Egipto! Yo hablo del hermano, José. Tiene a España entre ceja y ceja desde hace tiempo. Dicen que está moviendo hilos desde el Consejo de los Quinientos para caer sobre nosotros. Y ese hijo de perra de Salgado se lo permite.

Miguel sintió que le daba un vuelco el corazón. El gigante cruzó la puerta exterior, que abrió de una patada, y él le siguió cuando recobró el aliento.